

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- | | | |
|--|-----------|--|
| | 3 | Editorial. La vida oculta |
| <i>Régis Burnet</i> | 5 | La vida en Nazaret: elementos para una puesta a punto exegética |
| <i>Karl Kertelge</i>
Trad. Espezel | 15 | La vida oculta de Jesús en el espejo de de los evangelios. Un esbozo exegético |
| <i>Bruno Maggioni</i>
Trad. Jorge Mazzinghi | 19 | La infancia de Jesús según Lucas |
| <i>Alberto Espezel</i> | 27 | La identidad narrativa de Jesús |
| <i>Gisbest Greshake</i> | 37 | La espiritualidad de Nazaret |
| <i>Jean-Yves Lacoste</i> | 53 | Los ángeles músicos. Consideraciones sobre la eternidad, a partir de temas iconográficos y musicológicos. |
| <i>Johannes Wallacher</i> | 71 | ¿Despedida del Homo Oeconomicus? Acerca de la racionalidad de nuestras acciones en economía |
| <i>Silvia Romero/
Teresa Picone</i> | 83 | ¿Qué son los círculos de lectura <i>Communio</i>? |

La infancia de Jesús según Lucas

*Bruno Maggioni**

Traducción: Jorge Adolfo Mazzinghi

Considero significativo volver a visitar los relatos de la infancia de Jesús según Lucas, partiendo de la genealogía que se lee en el capítulo tercero, que introduce al ministerio público a Jesús. El motivo de esta elección, que puede parecer extraña, es que, justamente de la genealogía, surge aquella dimensión teológica, verdaderamente sorprendente, del acontecimiento cristológico, que encontraremos ilustrado en los relatos de la infancia.

Estos relatos, que algunos exégetas, encuentran diferentes al resto del Evangelio, diferentes por sus silencios, y sobretudo por la presencia más vigorosa de lo extraordinario. Son en cambio, relatos que sirven de premisa a todo el Evangelio, anticipando claramente el motivo conductor.

Y no es cierto que en la infancia, lo extraordinario es habitual. Hay rasgos extraordinarios, que, sin embargo, están junto a Jesús, osaría decir fuera de El, rasgos necesarios para revelar su identidad, que de otro modo se me escaparía. Pero la figura de Jesús permanece despojada de lo extraordinario. A diferencia –digámoslo ya– de cuanto relatan los evangelios apócrifos, que la Iglesia, justamente no ha incluido en el Canon de los textos inspirados.

Pero volvamos a la genealogía. Lucas es el único de los evangelistas que señala la edad de Jesús (III-23). A esta breve alusión la sigue un

* Docente de Exégesis del Nuevo Testamento de la Facultad de Teología de Italia Septentrional, de Milán e Introducción a la Teología, en la Universidad Católica de Milán. Es autor de más de veinte publicaciones.

La infancia de Jesús según Lucas

árbol genealógico que no tiene pretensiones de historicidad, pero esconde –bajo la aridez de una lista de nombres – importantes enseñanzas teológicas. Leamos en el principio la conclusión: “Jesús, cuando empezó su vida pública, tenía alrededor de treinta años, era según se creía, hijo de José, hijo de Elí, hijo de Enos, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios (II – 23/28).

La genealogía no habla de María, ni de la generación de Jesús por obra del Espíritu Santo. Lucas lo ha dicho ya ampliamente en los relatos de la infancia. Aquí solamente una alusión indirecta que el lector, sin embargo, puede comprender: “Hijo de José, como se creía”. Para comprender a Jesús es necesario mirar a lo alto: Él fue generado por el Espíritu sin participación humana. Pero se debe también mirar hacia atrás, remontándose a Adán, “ Hijo de Dios”. Las dos filiaciones, la que descende de lo alto por obra del Espíritu y la que viene desde la tierra se encuentran en Jesús. Jesús está ligado a la historia de su pueblo, es solidario con ella y constituye su punto de llegada. Su historia es inescindible de la historia hebrea, y ésta es inescindible de la historia del mundo. Pero la observación que más nos interesa es otra. Por lo general, se construye un árbol genealógico para distinguir los propios orígenes, de los orígenes de los otros hombres. Aquí se hace lo contrario: la genealogía no está encaminada a separar sino a unir, no a contraponer sino a relacionar (vincular).

Jesús no se separa de la historia humana, sino que entra en ella plenamente. Esta es la dirección constante de todo el acontecimiento cristológico, y estaba ya inscrita, como si fuera un código genético, en los orígenes mismos de Jesús. Lo paradójico es que Jesús es el único que podría ostentar una diversidad. La línea horizontal de sus orígenes, está en efecto, atravesada por una línea vertical que ha introducido una absoluta novedad. Pero Dios no razona como los hombres. Estos se ilusionan afirmando su propia originalidad, separándose. Jesús, por el contrario, expresa su novedad y su trascendencia haciéndose cercano.

Jesús inicia, pues, su vida pública alrededor de los treinta años. ¿Y antes? Los evangelios apócrifos, –por ejemplo el protoevangelio de Santiago– relata episodios extraordinarios de la vida de Jesús y de su familia. La piedad popular desea siempre llenar los silencios del Evangelio, y lo hace introduciendo en los años oscuros de Jesús episodios hagiográficos y milagrosos. Pero quizás no sólo se trata del deseo de colmar los silencios. Se trata también de un modo de pensar. Dios, que hace insoportable su silencio, su anonimato, su presencia en la vida cotidiana de la mayoría de los hombres. El razonamiento que induce en esta dirección es simple: también antes de su vida pública, Jesús era hijo de Dios: por lo tanto se debe haber comportado como hijo de Dios. De aquí los gestos extraordinarios y milagrosos cumplidos por Jesús Niño.

Es fácil pensar, en efecto, que el modo de manifestarse de Dios

haya de ser, por coherencia con lo divino, algo extraordinario. Nada de esto surge del relato de Lucas.

Jesús vive, por muchos años, la vida de los hombres, cotidiana, anónima. Es el vértice, junto a la Cruz, de la encarnación. Lo extraordinario, que siempre sorprende, es que el Hijo de Dios, haya vivido tantos años una vida de ninguna manera extraordinaria. Y esto no significa ausencia de lo divino, ni siquiera su ocultamiento, sino una sorprendente revelación suya.

El anuncio del ángel a Zacarías y el anuncio a María:

En los relatos de la infancia del Evangelio de Lucas, las escenas referidas al Bautista y las escenas inherentes a Jesús se alternan: el anuncio del nacimiento del Bautista y el anuncio del nacimiento de Jesús, el encuentro entre las madres de uno y otro, el nacimiento del Bautista y el nacimiento de Jesús. El evangelista invita, de este modo, a hacer una comparación entre los dos personajes y sus dos historias. El objeto es poner de relieve la figura de Jesús. El cotejo entre las dos anunciaciones (I - 5/25 y I- 26/38) revela muchas semejanzas que no es difícil encontrar: el mensajero, el anuncio de un hijo, el lenguaje rico en referencias bíblicas. Pero son todavía más significativas las diferencias. En el juego de las semejanzas y las diferencias, el relato de la anunciación a María -que es el acontecimiento que verdaderamente interesa al evangelista- asume tonalidades y colores que de otro modo no habiéramos notado.

El primer cuadro es sustancialmente hagiográfico. Zacarías o Isabel son descriptos como "juntos ante Dios" y observantes rigurosos de todas las leyes del Señor. Pero, no obstante su justicia, no tienen hijos y entonces ruegan al Señor, que los escuche: "No temas, Zacarías, tu plegaria ha sido escuchada" (I - 13). Es, pues un relato edificante, como tantos otros: la justicia, antes o después, siempre es premiada. Por el contrario, nada hay de hagiográfico en el segundo cuadro. Ninguna alusión a las virtudes de María, ni a sus ruegos, ni a su espera. El acontecimiento surge desde lo alto sin ningún indicio. Todo proviene de Dios, es pura gracia. Nada que se parezca a los relatos edificantes, en los cuales la intervención de Dios está siempre condicionada por una plegaria. En el primer cuadro es la observancia de la ley que resulta premiada, en el segundo se asiste a la gracia proclamada.

El escenario del anuncio a Zacarías es grandioso y solemne: en el templo, durante la solemne liturgia del incienso, un sacerdote en el ejercicio de su función, y como marco, el pueblo que aguarda. La narración del anuncio a María, en vez aparece despojada de todo escenario, como

La infancia de Jesús según Lucas

es fácil notar. ¿Dónde aparece María en la escena? En casa, desde que dice que el Ángel "entró". ¿Qué estaba haciendo?

El texto no lo dice. Habla simplemente de Nazaret, un lugar que ni siquiera aparece en las Escrituras. En el anuncio a Zacarías la aparición divina ocurre en el Templo, junto al altar, en lugares que muchos consideran los únicos dignos de la acción y la presencia de Dios.

Por el contrario, en la anunciación a María, el ángel aparece en un lugar profano, en una casa, un día cualquiera, en lo cotidiano de la vida.

La comparación evidencia, pues una continua alternancia de grandeza y pequeñez, solemnidad y sencillez, sagrado y profano. Esto nos permite entrever los rasgos nuevos e inconfundibles del rostro de Dios, que se ha manifestado en Jesús de Nazaret.

En el anuncio a Zacarías lo divino se muestra con signos de grandiosidad y solemnidad, pero, precisamente por eso, aparece con un aspecto normal que no sorprende. En el anuncio a María se revela con la absoluta simplicidad, en el curso de lo cotidiano y por esto revela un rostro inesperado y sorprendente.

Un niño envuelto en pañales

Para narrar el nacimiento de Juan, al evangelista Lucas le basta una frase brevísima (I-57), casi lacónica. Se muestra, en efecto más interesado en la reacción de los vecinos y de los parientes, que en el nacimiento en sí (I-58). Son ellos quienes descubren el significado profundo de este nacimiento: una gran manifestación de la bondad misericordiosa de Dios.

Y un motivo de alegría colectivo. Como Jesús, también Juan suscita preguntas sobre su persona, y sobre su futuro (I-61). Pero luego Juan vive en el desierto, lejos de su familia, quizás en una comunidad de escenios. Es siempre, algo especial. Jesús, por su parte, crece en su familia, en Nazaret, es alguien completamente normal. Juan aparecerá después en Israel como un asceta que anuncia el juicio inminente. Jesús aparecerá en su pueblo, confundido con aquellos que piden el bautismo en remisión de los pecados. También aquí la diferencia es grande. Jesús manifiesta su grandeza de Hijo de Dios, no distanciándose y diferenciándose, sino, más bien compartiendo.

Pero veamos la narración del nacimiento de Jesús (II - 1/20), ya la estructura de este bellissimo relato es significativa: todo él está, efectivamente, encerrada en tres movimientos ordenados según la típica figura del acontecimiento cristiano: el hecho, el anuncio, la acogida. Es una secuencia abierta: los pastores, que han recibido y asumido el anuncio

del nacimiento de Jesús, a su vez lo cuentan. Así el hecho cristiano camina en la historia, y se hace contemporáneo de cada generación. Pero tal hecho es un hecho preciso, y como tal singular e irrepetible. Por eso, en la inteligente estructura pensada por Lucas, el hecho está narrado tres veces, casi con las mismas palabras, en cada una de los tres movimientos: "Un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre". El hecho cristiano se hace contemporáneo de cada generación y es justo que cada generación la festeje a su manera, pero el hecho fundante debe permanecer el mismo, inmóvil.

Todo el resto -el anuncio y el acogimiento- sirve para comprender y actualizar el hecho, no para ocultarlo. El lector de Lucas es invitado a seguir todo el relato manteniendo firme la mirada sobre el hecho desnudo del "niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre". La imagen del niño que Lucas repite tres veces, conmueve por su total sencillez. El aspecto que más maravilla, es la ausencia de todo rasgo maravilloso.

Así, los pastores quedan envueltos y atemorizados por la gloria de Dios, pero el signo que reciben es simplemente "encontraréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre". Y cuando llegan a Belén, ven solamente "un niño recostado en un pesebre". La maravilla de la Navidad está aquí. El relato pasa del motivo de la pobreza al motivo de la gloria: es así como pobreza y gloria se esclarecen recíprocamente. Sin la gloria, no comprenderíamos que aquel niño recostado en un pesebre, es el Señor. Y sin el niño recostado en el pesebre, no comprenderíamos que la gloria del verdadero Dios, es diferente de la gloria del hombre. La maravilla está en que, quien es proclamado Salvador, Mesías y Señor (son las palabras del ángel) es un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Si se disuelve este vínculo entre el Niño y el Señor, la desnuda sencillez y la gloria, la Navidad pierde todo su significado.

Comprendamos entonces que la maravilla de la Navidad, es una maravilla que requiere conversión, una conversión teológica: la epifanía del Señor no sigue las reglas de las glorias de los hombres, siempre tentados por esconder la sencillez del Niño, bajo las formas seductoras de la potencia y del prestigio, de lo extraordinario, de la gloria de los hombres.

Pero en este caso arriesgamos perder la alegre noticia de un Dios que verdaderamente se hizo hombre por nosotros.

Lo extraordinario que no cesa de asombrar, es que la epifanía de lo divino se muestra también en esta escena, carente de todo cariz extraordinario. La ausencia de lo extraordinario - de ésa que imaginan los hombres - es parte esencial de la verdad del acontecimiento cristiano.

En el relato de la purificación a María y de la presentación de Jesús en el templo (II - 22/24) Lucas parece querer subrayar, sobre todo, la observancia a la ley: la expresión se repite tres veces. Las ceremo-

La infancia de Jesús según Lucas

nias cumplidas son tres: cuenta toda la ceremonia de la purificación de María, descrita en el Levítico (c.12).

Luego del hijo primogénito al Señor como lo prescribe un pasaje del Exodo (XIII- 2/12/15).

Se trata de un rito sugestivo y simbólico: el hijo pertenece a Dios, no a los padres. Y si esto es verdad para todos, lo es más profundamente para Jesús. El no pertenece a los padres sino al Padre, como le diría a la Madre cuando le habla en el Templo.

Y en toda su vida no dejaría de afirmar la totalidad y exclusividad de su pertenencia al Padre. Referido a Jesús, el rito del ofrecimiento no fue solamente un rito. En fin, es el sacrificio para el rescate simbólico del Niño, como está descrito en el Levítico XII. Para los ricos el sacrificio consistía en la ofrenda de un cordero, para los pobres de dos tórtolas o dos palomas.

Jesús fue rescatado con la ofrenda de los pobres, vale decir dos pequeñas palomas. En la tipología de los testigos que se encuentra en el Evangelio de la infancia, Simeón es una figura importante, aún cuando sale de la sombra sólo por un instante. Su función es reconocer al Mesías e identificarlo públicamente. Nada más importante que esto. Pero si comprende que el Niño que toma en sus brazos es el Mesías, es porque se lo sugiere el Espíritu. No es el Niño quien se revela a sí mismo, sino el Espíritu quién se lo revela a Simeón y Simeón se lo revela a todos los presentes.

También Ana sale imprevistamente a la sombra, y el narrador la describe con precisión, como si quisiera ponerla a plena luz. Ana representa la figura característica del israelita devoto, como Simeón. Y como él, es la figura de Israel que se abre al Mesías.

De ella no se recoge palabra alguna, dirigida a los judíos, ni a Dios ni al Niño. Y sin embargo alaba al Señor y habla del Niño públicamente. Pero, se repite una vez más, tiene a un niño entre sus brazos.

El episodio del hallazgo de Jesús en el templo, es aún más importante y significativo (II - 41/52). Podría parecer un simple episodio de vida familiar. Y es, por el contrario, un episodio epifánico, de revelación. Hasta ahora otras han revelado a Jesús (el ángel, los pastores, Isabel, Simeón) pero ahora es Jesús quién se revela a sí mismo. ¿Cómo? No se revela a sí mismo tanto por el estupor que su sabiduría suscita en los doctores que lo escuchan. Su revelación está en las palabras que dirige a su Madre, las primeras y únicas que Jesús pronuncia en el relato de su infancia. Palabras cuyo significado no comprendieron sus padres, tan profunda era la revelación que contenían. Se trata de palabras proféticas y mesiánicas que prolongan el razonamiento hecho por nosotros, anticipando el martirio de la Cruz. En la pregunta dirigida a los padres ("¿no sabíais que es necesario que yo esté en la casa de mi Padre?") El descubre / revela su obediencia sin reservas al Padre.

Concentrándose por entero en las cosas que le conciernen. Aún más sugestiva es la expresión "estar en", que a veces se traduce con un simple "ocuparse de". En realidad "estar en" es más que el ocuparse, pues expresa una actitud que involucra la persona y la existencia. Pero es en la expresión "es necesario" –que luego Jesús retomará varias veces para indicar su obediencia hasta la Cruz– donde se encuentra el secreto más desconcertante de la revelación mesiánica, la más difícil de comprender: no simplemente que Jesús es Mesías e Hijo (esto ya ha sido dicho) pero qué Mesías y qué Hijo.

Tenía razón el viejo Simeón al hablar de signo de contradicción. Se trata de una contradicción teológica. Recorriendo el camino de la Cruz, Jesús divide porque muestra a un Dios que no es el imaginado, conforme a los esquemas religiosos y morales habituales y consolidadas. Es a raíz de esta inesperada revelación –como ya lo mostró su ocultamiento de Nazaret– que Jesús "**constringe**" a los pensamientos del corazón a salir a la luz. Como dijo Simeón: Si, pues, el corazón está disponible para la novedad de Dios, o si, por el contrario, permanece inmóvil en sus esquemas habituales.

El ocultamiento de Nazaret anticipa el Crucifijo, y el Crucifijo ilumina el ocultamiento de Nazaret. En los largos años de la vida en Nazaret, Jesús no escondió su grandeza, sino que la reveló: su grandeza es, en efecto, la plena participación en la vida del hombre común, su alianza sin reservas, que aún frente a la muerte le permitirá sufrir la angustia como cualquier hombre. Ciertamente en la infancia se habla siempre de Jesús y se habla en términos grandiosos (Salvador, Mesías y Señor) pero El es un niño, luego un trabajador (como dice Marcos VI), vivió en su pueblo como antes un niño y después un trabajador. Para comprender quién es, hacen falta palabras que vengan de lo alto (las palabras de los ángeles y la voz del Espíritu) no bastan los rasgos de su rostro, ni las cosas que hace. Todo esto no puede sino dejarnos encantados.